

Raúl Silva Castro

## Pío Baroja: el hombre y el escritor

**B**A actitud literaria de Baroja, según se desprende del análisis de sus libros, del relato de su vida y de la consideración de las ideas que transparecen en sus obras, puede establecerse con suma precisión. Baroja, como ha dicho Ortega y Gasset en su *Espectador* \*, es «un hombre libre y puro, que no quiere servir a nadie ni pedir a nadie nada».

Su posición en la vida acusa una máxima independencia. Soltero, no tiene preocupaciones que salgan del ámbito de su propia persona. Pobre, goza, sin embargo, de una medianía burguesa y tranquila que facilita extraordinariamente el desarrollo de sus actividades literarias, sin necesidad de doblegarlo a exigencias incompatibles con su autonomía. Sin partido político, disfruta de una despreocupación doctrinaria que está de sobra afirmada en sus libros. Sin religión, da pruebas de un eclecticismo moral que es característico de la época moderna.

Sus libros tienen un primordial objetivo: ser leídos y entretener, y por ello están despojados de toda caparazón o envoltura. Se ha reprochado a Baroja su manera descosida de escribir. Madariaga dice: «No contento con privar a sus obras de flores, naturales como artificiales, parece cultivar el desaliño y cuidar el abandono» \*\*. En efecto, no es Baroja sólo un escritor es-

\* *El Espectador*, tomo I, pág. 134.

\*\* *Semblanzas literarias contemporáneas*, pág. 164.

pontáneo, arbitrario, aficionado a decir las cosas sin ambages ni subterfugios; parece tener, además, el prurito de decir las de una manera zafia. Si alguien quisiera someter a espurgo sus obras, hallaría en ellas decenas y decenas de errores: malas concordancias, defectos de régimen y de construcción, anfibologías, etc. No se concibe al autor puliendo un párrafo, sopesando el valor de una palabra, corriendo a ver en el Diccionario si un término es castellano o no lo es. Cuando escribe lo hace porque tiene algo que decir, y al escribir adopta la misma actitud que podría escoger para contar de viva voz una anécdota cualquiera. Narrador flúido, la retórica es para él letra muerta. El crítico francés Jean Cassou, con más sindéresis que sus colegas españoles, escribe: «Comme Stendhal, Baroja a été accusé d'écrire mal. C'est que, dans un de ses délicieux mouvements d'humeur il a un beau jour envoyé promener la grammaire. Et comme Stendhal, il faut reconnaître que nous tenons ici un admirable prosateur. Car il a, comme Stendhal, le trait incisif, le dessin net, l'affirmation presque insolente à force de précision et de simplicité». (*Les Nouvelles Littéraires*, París, Abril de 1927).

Leyendo a Baroja ocurre pensar si el autor no ha considerado lo que sus obras pueden adquirir con un mediano esfuerzo de ordenación, selección y refinamiento. Yo creo que más de una vez Baroja se habrá detenido en ello, pero que siempre, vigorosamente, ha rechazado el pensamiento de alterar la amena desproporción, la deformidad natural de sus libros.

En efecto, Baroja ha hecho caudal de su libertad, de su sinceridad, de su independencia. En libro muy reciente ha dicho: «Yo soy un hombre malhumorado y sincero»\*. Su obra toda respira un aire de sin igual desenvoltura. Baroja no se siente atado por ninguna servidumbre, no debe nada a nadie, no pertenece a secta ni cofradía alguna. ¿Se concebiría que este escritor, personalmente autónomo, se afiliara, al llegar a su mesa de trabajo, en la orden de los que comulgan en el culto de la re-

---

\* «Entretenimientos», pág. 15.

tórica? Francamente, hay que confesar que sería un poco absurdo.\*

Pero, se dirá que hay hombres que tienen no menor independencia que Baroja y que, sin embargo, en su obra cumplen preceptos y se sujetan a normas. Tal vez. Pero conviene no olvidar el influjo de los antepasados en el escritor. La familia de Baroja no viene hablando castellano desde muchas generaciones. Citemos al azar que el propio padre del novelista, don Serafín Baroja, escribía artículos y versos en vascuence, y recordemos que por el lado materno hay en la herencia de Baroja sangre italiana. Los defectos sintáxicos de Baroja ¿no son, pues, lo que el propio Don Quijote llamó *concordancias vizcaínas*?

En Baroja hay un escritor incorrecto por naturaleza; no es más claro, ordenado y pulcro su estilo en el último libro del autor que en el primero de su vasta producción. Pero su forma de expresión, anfibologías aparte, es flúida y clara. No hay en su lenguaje transposiciones ni enumeraciones ni floreos. El autor escribe de corrido, sin detenerse, sin limar, sin escoger. ¿Lo hace por incapacidad? No parece que demande una extraordinaria inteligencia el cultivo del estilo. Lo que sí exige es aplicación, disciplina, esfuerzo, hasta pasión capaces de vencer las dificultades de que se halla erizada la tarea. Baroja es perezoso, es indisciplinado, no tiene esa constancia y ese heroísmo que demanda la faena literaria. Y, sobre todo, no olvidemos que es, a su modo, un amateur. Ese desprecio suyo por el *métier*, por la sujeción a las convenciones literarias no es o no sería propio de quien confesara ser escritor profesional. Al escribir como escribe, Baroja parece decirnos que la literatura—en lo que tiene de aliño y elaboración—lo deja sin cuidado.

En una palabra, Baroja no es flaubertiano, ni en lo que toca

---

\* El crítico francés ya citado dice, en el mismo artículo, lo siguiente: «Ceux qui accusent de tels écrivains de mal écrire, c'est qu'ils ont sur le style les pires idées: en France, s'il a été de mode, pendant une époque, de dénigrer l'écriture de Stendhal, c'est qu'on était encore sous la désastreuse influence des poncifs introduits—il faut le dire—par la redondance monotone et fausement plastique de la rhétorique flaubertienne.» Autor de opinión tan poco ortodoxa es nada menos que Jean Cassou.

al estilo ni por lo que se refiere a su visión novelesca de la vida. Flaubert ve en la existencia un panorama de hospicio. Todos sus seres son enojosamente imbéciles. En «*Madame Bovary*», la novela cumbre de su estilo, no hay un personaje que despierte una simpatía, una sombra de afecto en el lector. Y es porque el autor tampoco experimentaba simpatía o afecto por tales entes. La vaciedad del mundo literario de Flaubert espanta. Son figuras de cera las suyas, muy compuestas y aliñadas en el soberbio vestido de su prosa impecable; pero frías y carentes de todo efluvio sentimental.

No hemos citado el nombre de Flaubert por simple curiosidad: nos parece posible definir a Baroja como un anti-Flaubert y a su concepción novelesca como la más anti-bovarista que cabe imaginar. En efecto, los valores están absolutamente alterados en ambos novelistas. Si Flaubert ve el mundo ambiente para hacer de él series ordenadas, cuadros simétricos, rigurosamente geométricos, paralelos como los arriates de un jardín, y si en él esparce, también con orden, seres vacíos, groseros e imbéciles, que sólo pueden suscitarnos odio o antipatía y que el mismo autor no revela amar, Baroja, en cambio, coge el mundo en su diversidad hormigueante, en su abigarrada textura de azar y de dolor, y nos muestra seres por los cuales el escritor siente una profunda simpatía de hermano y de amigo. Su novela es por eso romántica y en su elaboración jamás ha faltado a Baroja esa dosis de sensibilidad y de amor a la humanidad que Dickens erigió en el primordial valor de su obra.

Por lo que respecta a las ideas del autor en materia política, moral, artística, religiosa, su obra toda rezuma un radical impulso destructivo. Para Baroja lo consagrado es, por esencia, lo que se debe evitar y, más aún, repeler. Si la religión católica es la de la mayoría del mundo occidental, Baroja será anticatólico. Si en arte domina una moda o una tendencia determinada, el autor defenderá otra que le sea contraria. Y respectivamente, en moral, en política, en todo lo que interesa al individuo, su posición será la más alejada del número, la más

individual y señera. No indica esto un anhelo morboso de notoriedad, incomprendible en un hombre altivo que ha sabido renunciar a toda granjería por independencia y soberbia. Baroja es un hombre original en cuanto tiene una como frescura bárbara, destructora, sin arrepentimiento, sin sombras teológicas, y lo es en cuanto su pensamiento va más lejos del tiempo presente. Sus ensueños de fraternidad y de acuerdo mutuo participan en algo de las teorizaciones de Kropotkin. Más que utópicas, sus palabras son ucrónicas. El autor habla de tiempos que no han llegado aún y que, acaso, ni siquiera se anuncian. Hoy—nos dice—dominan la sordidez, la lucha vital, el caciquismo, la teología, el dogma, el militarismo, el cálculo, la oquedad, la envidia. El hombre necesita acorazarse para triunfar. Hay una religión del éxito que, entre otras manifestaciones repugnantes, incita a juzgar del valor de un hombre no por el peso de sus ideas y por el rumbo de su conducta, sino por el producto que ha desprendido de su actividad. En este mundo de mezquindad un hombre de alma selecta como Baroja debe, necesariamente, sentirse extraviado.

Por eso la literatura de Baroja exuda una especie de irritación y de pesimismo. El novelista no se siente cómodo entre la iniquidad y el crimen, no soporta el espectáculo de la miseria sin sentirse moralmente deprimido, no puede continuar impasible en un ambiente pequeño y, sin embargo, desprovisto de resonancia.

El escepticismo, proclamado ya por el siglo dieciocho, ha necesitado llegar hasta estos días para tener plena y decisiva comprensión. Recién salidos del molde conventual y religioso, los hombres del setecientos tenían una manera de negar que era de puro entroncamiento dogmático. Varias generaciones de indiferentismo han producido al fin el hombre que no reconoce poder alguno superior al hombre mismo y que, si bien sigue los preceptos fundamentales de la moral cristiana, se aparta decidida y vigorosamente de las confesiones religiosas. No hay en estos hombres ningún ardor polémico contra la religión y sus ministros. Hay sólo un sano alejamiento de lo que, para sus almas de hombres modernos,

parece residuo de la edad cavernaria y simple metamorfosis de costumbres mágicas.

La literatura de Baroja está inspirada en ese escéptico indiferentismo que toca las lindes del pensamiento agnóstico. Los héroes barojianos viven al margen de la existencia levítica, pero como ésta tiene en España fuerza de catapulta, a menudo los vence. Tal es, por ejemplo, la conclusión de una de las primeras novelas de Baroja: «Camino de Perfección».

En este momento conviene recordar que la obra de Baroja está desprovista de todo contenido pedagógico. Eso no quita que el novelista aproveche las oportunidades que se le ofrecen para hacer campaña contra el amortajamiento de la vida española en la moral que llama levítica. Pero la labor demoledora de Baroja no alcanza a asumir los contornos de la propaganda. Ninguno de sus libros puede ser confundido con los libelos antireligiosos que circulan corrientemente. Y, sin embargo, en cada uno de ellos hay o una afirmación antireligiosa o una escena inspirada en el mismo sentimiento o la pintura de tipos y ambientes destinados a infundir en los lectores el horror que el artista siente por la religión y la clerecía.

No es idea fija de su obra el odio a la religión: lo mismo que a ésta, odia a la guerra, desprecia al socialismo, se ríe de los aristócratas, insulta a los tradicionalistas, dice no comprender o no amar \* a muchas clases de hombres y de hechos de la vida. El autor, como todo hombre, tiene un ideario en que juegan diversos principios y se albergan muy disímiles preocupaciones. ¿Hay entre unos y otras correlación estricta, o, dicho de otro de otro modo, constituyen ellos un sistema ideológico? No. Baroja, como autodidacto, tiene una tabla de valores que, para abreviar, debemos llamar arbitraria, y que lo es en forma absoluta si se observa que el autor ha procedido, para for-

---

\* Cierta manera de crítica francesa ha querido convencer a los espíritus débiles de que esas palabras, literariamente al menos, son sinónimas. Quisiera afirmar claramente mi disentimiento de tan frívola opinión. ¿Cuántas cosas hay que comprendemos perfectamente y, sin embargo, no amamos? Y en el amor mismo, ¿quién puede jactarse de comprenderlo todo?

marla, sin atender más que al azar de la existencia y a las afinidades de la simpatía. ¿Por qué Baroja no siente apego ninguno por el socialismo? Pues porque el socialismo tiene a sus ojos el significado de una disciplina o regimentación en que se igualan los mediocres y los distinguidos. Y Baroja, nietzscheano auténtico en ese como en otros aspectos, siente antipatía por semejante tipo de disciplina, si no por toda ralea de ella. En suma, sus preferencias han nacido sólo de la reacción de su humor sobre el mundo. Y si ya sabemos que su humor es acre, ¿por qué extrañarnos de que su reacción sea también acre y violenta?

Hay, pues, en Baroja, un descontento, un revolucionario, un indisciplinado, de donde un escritor espontáneo, un literato antiacadémico, antireligioso, aficionado más al presente que al pasado y más al porvenir que al presente. Su obra no trata de ser un sostén de la sociedad actual sino, al contrario, propugna una nueva ordenación social. ¿Cuál? El autor no nos lo dice, pero al señalar los defectos y vacíos de la organización presente advierte tácitamente lo que se debe evitar en la futura. Fuera de las declaraciones humorísticas, en que el autor afirma ser su ideal una sociedad sin moscas, carabineros ni curas, en los libros de Baroja tenemos indicaciones numerosas sobre los caracteres de una sociedad del porvenir. No las señalaremos en un esquema. El objeto del presente trabajo es mostrar al escritor en su aspecto literario y no en el sociológico que su obra, sólo incidentalmente, inviste.

En suma, Baroja se afilia en la extrema izquierda. Su radicalismo ha sido sostenido con denodada y ejemplar constancia, debido al amor de Baroja por la independencia, que lo ha mantenido alejado de toda contemporización o concomitancia con los elementos que son sus adversarios. Como nada les debe, no se halla obligado a guardar para con ellos las formas de una esquisitez que él, hombre natural, íntimamente repudia. Esta filiación romántico-radical de Baroja ha inducido a cierto número de sus lectores al error de suponer que el novelista es hombre de vida irregular. Nada más lejos de la verdad. Salaverría, en su

libro tantas veces citado, escribe: «Desde su primera página hasta la última, este escritor confiesa y expone siempre su radicalismo en política, en moral y en religión. No se nota en él una concesión, un decaimiento. Hoy aparece tan rebelde como el primer día». Y también: «Es un hombre manso, que no ha tenido nunca vicios ni apenas necesidades; que nunca se ha quejado de hambre o de sed o de ganas de fumar; hijo respetuoso y hondamente devoto de su madre; cada día más filial y más casero, más gato de cojín y de estufa, menos realizador...» \*

No hay antagonismo virtual entre la manifestación extremista de su literatura y la burguesa placidez de su vida. El ideal moral de Baroja es íntimo y recogido, si bien en años de juventud, ha confesado, soñó con realizar cosas que salieran de lo común. «Me sentía—ha dicho \*\*—impulsado a la turbulencia, al dinamismo, al drama. Naturalmente, era anarquista; ¿ahora lo soy? Creo que también». Para el novelista el futuro debe presentarse con una cara amable y mundana. La descripción de la sobremesa animada, en compañía de mujeres hermosas y elegantes y de hombres de ingenio, que el autor ofrece en «Juventud, Egotría» \*\*\*, es ideal bien burgués y limitado. Es casi un ensueño mediocre, propio de un buen hombre cándido que no se aventurase a llevar más lejos, por timidez, la fantasía. Por cierto estamos allí muy distantes del *elogio metafísico de la destrucción*, con que Baroja asombró a los burgueses hace veinte años.

Sin embargo, no es esta una expresión decisiva del genio barojiano. Más representativo es el planteamiento de una fraternidad futura de una comunidad de hombres conscientes de su propia vida y de su individual acción dentro de la colectividad, esbozada por Baroja a través de más de una docena de sus libros, a veces de manera puramente incidental, otras con más sostenido interés y entusiasmo. Tal vez los años hayan traído al escritor más de un desencanto. Sin duda hoy cree más lejana que en

---

\* «Retratos», págs. 73 y 63.

\*\* «Juventud, Egotría», pág. 34.

\*\*\* Pág. 119.

su juventud la renovación soñada. Pero eso no quita que en sus libros aparezca con insistencia el tema de una vida en que los valores hayan sufrido la revisión que preconizó Nietzsche y los hombres ocupen, por tanto, su lugar legítimo. Esta idea, por más que se metamorfosee el ideario de Baroja y debido a la representación que tiene en sus obras ya escritas, no dejará de tener un lugar central en él.